

Continuador de Napoleón, heredero de los magos y cabalistas, sabio, financiero, ¿por qué no anatomista científico, observador exacto de la realidad? Pero que otros hayan podido participar de esa opinión es una de las pruebas más fuertes del poder de una sugestión de una afirmación perentoria. La verdad es que Balzac no es más realista, ni más naturalista que Shakespeare, Milton ó Byron. Su obra no debe absolutamente nada á la observación; lo debe todo á la adivinación, á la intuición. Sabemos cómo ha vivido! ¿En dónde y cuándo habría observado? Estaba lleno de sí mismo, él mismo era el mundo, el mundo entero y ni siquiera miraba el de los otros. Si se hallaba en compañía de extraños ó de amigos, hablaba solo, se escuchaba solo, no dejaba á los demás intercalar una palabra, ó si se hallaba en presencia de personajes de posición muy superior, no hallándose con el derecho para interrumpir seguía el hilo de sus pensamientos y las palabras que volaban á su alrededor no le penetraban hasta su espíritu. Cuando trabajaba permanecía encerrado semanas enteras, sin ver una cara humana, ni siquiera á la criada que le llevaba la comida. ¿Y cuándo no trabajaba? Su labor no tuvo interrupción. Contad tan sólo el tiempo empleado en escribir materialmente los diez volúmenes que su cerebro volcánico lanzaba por año á la circulación, y se sabe que tenía la costumbre de escribir tres, cuatro y cinco veces cada uno de sus libros, luego calculad cuántos minutos le quedarían para la observación. La realidad no existía para él. La única realidad á su vista eran los personajes de sus novelas, sus negocios, sus destinos. Si esos personajes nos causan la impresión de la vida, es una maravillosa ilusión que el genio creador de Balzac sabe producir. Es difícil escapar á su sortilegio. Como Mefisto en la caverna de Auerbach,